

CUENTOS & CUENTISTAS

1001, Odisea del Tiempo

Bartolomé Leal desde Santiago

“¿Qué sabes de *Las mil y una noches*, Yberra?” pregunté una mañana de domingo a mi compañero de caminatas por el cerro San Cristóbal, un arbolado y floridamente primaveral parque metropolitano de Santiago, agredido ahora con saña por los constructores de autopistas. “Pues que se trata de un fiasco”, respondió con voz de ultratumba. Cabe señalar que Mauro Yberra la diñó hace unas semanas en ese mismo lugar, por lo que figura en los registros de la sociedad de escritores como muerto vivo... Sin embargo no ha perdido lo parlanchín. Apesta un poco, eso sí.

“Con el título de *Las mil y una noches*”, continuó ante mi silencio interrogativo, “se publicó a inicios del siglo XVIII en Francia, proeza de un tal Antoine Galland, una versión censurada de sexo y sangre de los antiguos cuentos orientales conocidos como **Alf leyla wa leyla** en árabe, literalmente *Las mil noches y una noche...*”. “¿Y qué?” le pregunté con insolencia. “Pues que aquella versión tuya para niños se puede calificar de estafa, aunque, aunque...” y aquí el vetusto escritor se quedó mudo y extático, hasta que lo acosé: “Elabora tu afirmación, Yberra, ¿o los gusanos te comieron la lengua?”, agresión impertinente dada su condición de occiso.

“Pues que *monsieur* Galland, con toda su pacatería y su ignorancia de las delicias orientales, a pesar de haber fungido de diplomático en Constantinopla”, prosiguió Yberra, “se permitió añadir al texto, ya que las encontró fascinantes, unas cuantas leyendas tradicionales árabes que llevan por títulos ‘Aladino y la lámpara maravillosa’, ‘Simbad el marino’ y ‘Alí Babá y los cuarenta ladrones’, las que no perteneciendo a algunos originales antiguos, constituyen sin duda narraciones preciosas y justifican la fama inmortal del libro...”. Me reí: “Ahora muerto te has puesto generoso con los adjetivos, Yberra; cuando vivías masacrabas sin piedad a obras y autores”. No me hizo caso y prosiguió:

“Si me interrogas, te respondo, Leal... Me gusta la literatura, pero no la chacota en literatura, como decía Pablo de Rokha. Pues bien, luego apareció un inglés de nombre Richard Francis Burton, el celeberrimo explorador, quien hizo una edición no expurgada

del libro y le puso por título *The Arabian Nights* (Las noches árabes). Admirable, aunque incompleto también. Pues vino otro francés, que realidad fichaba como oriundo de Siria, el cual tradujo en 1889 la obra íntegra, sin tapujos. Este sirio, un inquieto viajero llamado Joseph-Charles Mardrus, consultó manuscritos persas y árabes. Se supone que algunas versiones datan del siglo VIII; peregrinó por Alejandría, Damasco, Rabat y Bagdad, y publicó la que constituye quizá la versión más fiel y completa. De esta versión francesa viene la traducción al español firmada por Vicente Blasco Ibáñez, con el título de las *Las mil noches y una noche*. Otro español, Rafael Cansinos Assens, hizo una nueva traducción directa del árabe en 1954. Me quedo con la primera, que leí y disfruté en mi juventud”.

“¿Y eso consuma lo que sabes?” lo molesté. “Bueno, para qué voy a aburrir a tus lectores con trivialidades”, replicó. Me burlé: “No te metas con mis lectores, Yberra, que pertenecen al mundo de los vivos. Tú eres un cadáver verboso, una carroña opinante”. “De acuerdo, Leal, concedido”, retrucó. “Ostentas toda la arrogancia de los vivos, que como la de los jóvenes, es pasajera. Sólo los muertos permanecemos eternos... Bien. No quiero discutir. Sé otras cosas, pero puras truculencias”.

“¿Cuáles?” lo acosé, sin darle tregua. “Pues partamos de una base, Leal. *Las mil y una noches*, y te acepto ese título que es el tradicional, refulge como un libro fantástico y pasmoso, una fuente inagotable del placer de la lectura, amén de un compendio de historias donde todo el mundo metió mano para estimular a la musa... Pero hay más”, añadió Yberra, inspirando como en su época de bebedor de cerveza, “en *Las mil y una noches* concurre un repertorio de técnicas literarias sobre las cuales todo aprendiz de escritor debe reflexionar...”. “Pues prosigue”, lo apuré, al ver que me oteaba con sus ojos vacíos para ponderar mi reacción.

“Y bueno, entramos al terreno de lo lúdico, Leal, sin marearse... En primer lugar, tenemos lo que se suele llamar ‘**el juego del ventrílocuo**’, una forma de narración de un suceso, a cargo de un relator distante en el tiempo y en el espacio, que se basa en otra narración hecha por un testigo supuestamente presencial. Esto es lo que permite ir haciendo un encadenamiento de narradores, lo que a su vez faculta a la bella Scheherezada para anunciar cada noche un nuevo cuento y evitar así la venganza de Shahriar, el sultán de la Gran Tartaria, que por la infidelidad de su esposa no encuentra

nada mejor que casarse cada día con una virgen y decapitarla tras la noche de bodas... lo cual obra de *leit motiv* en toda la serie. Scheherezada significa ‘aquella cuya apariencia es noble’, un bello apodo”. Aquí Yberra se interrumpió para lanzar un suspiro que sonó como el pedo de un armonio de pedales. “Interesante, Yberra, prosigue”, le animé (lo cual suena a metáfora de mal gusto, tratándose de un tieso).

“Pues de aquí pasamos a otro procedimiento narrativo también de carácter lúdico, que se suele llamar ‘el juego de las cajas chinas’. Una bonita expresión, ¿no? La técnica anterior que te señalé, ‘el juego del ventrílocuo’, puede provocar que finalmente la narradora principal, Scheherezada, pierda el timón de sus cadenas narrativas y ponga así su cabeza en peligro. Recurre entonces al procedimiento de narrar la misma historia pero vista por personajes diferentes, todos ellos atrapados en la tela de araña que ella misma ha tejido durante sus nocturnas narraciones. Como las cajas chinas, cada historia va dentro de otra. Por cierto, los diferentes hablantes hacen que suene radicalmente trastocada por los puntos de vista divergentes, haciendo la ilusión de que se trata de un nuevo cuento”.

A esta altura a Yberra se le cayó la mandíbula al suelo y simplemente no pudo articular palabra por un buen rato, hasta que logramos apuntalarla con unos alambres. Yo había visto esqueletos reconstruidos, de modo que sabía que la jeta destacaba como una pieza poco estable.

“Bueno, bueno, bueno”, probó Yberra su capacidad de articular y la verdad es que le salía más un silbido de áspid que una voz humana. “El tercer concepto lúdico en las *Mil y una noches* lo llamo ‘el juego de los cronopios’. Me sigues, ¿no? Me refiero a los personajillos aquellos creados por Cortázar. Un cronopio, a mi entender, actúa como un trasgresor del tiempo. Del tiempo real... Un cronopio no busca la lógica cerrada, no exige racionalidad. Scheherezada juega entonces con el sultán; y de paso con el lector, a quien hace cómplice de su confusión narrativa. Se establece una suerte de pacto para aceptar las mentiras y trasgresiones del discurso. Shahriar, el sultán de la Gran Tartaria, implacable cornudo, sabe que podría decapitar a la hermosa narradora porque intuye que le está trampeando, pero no lo hace porque ha caído en una soberbia fascinación; y porque sabe que hay una pléyade de lectores atentos a la historia y no le perdonarían cortar ese proceso temporal inmenso, de **mil noches y una noche** (metáfora de la eternidad en árabe), compartida por generaciones de lectores vivos o muertos”.

“Esto conduce” prosiguió Yberra con una especie de jadeo tenebroso, “a la más importante de las técnicas literarias de las *Mil y una noches*, que llamaré ‘el juego de los ecos’...”.

Aquí se me volvió a desarticular Mauro Yberra, con crujido de rótulas y rechinar de muelas, justo en el repechaje hacia la cumbre del cerro San Cristóbal. De modo que su última tesis quedará para otra jornada, como diría Scheherezada... Sólo permítaseme citar a Borges, que en 1936 en su *Historia de la eternidad* escribió que *Las mil y una noches* tenían su origen en “antiguas historias al gusto aplebeyado, o soez, de las clases medias de El Cairo”. Tal vez a eso se refería Yberra, a quien dejé pudriéndose lánguidamente entre los esbeltos cipreses del parque metropolitano.

